

LAS HERMANAS DE LA CARIDAD

EN LOS SITIOS

DE MERIDA, QUERETARO Y MEXICO.

Fragmentos de un libro inédito. (1)

I.

Con los primeros días de 1867 llegaron los últimos del imperio, reducido ya á un corto número de ciudades, entre las cuales se contaban Mérida, Querétaro y México, que no tardaron en ser atacados por los republicanos. (2)

A la primera de estas plazas, defendida por el comisario imperial D. José Salazar Ilarregui, púsole sitio el jefe juarista D. Manuel Zepeda Peraza. Los sitiados procuraron establecer su hospital de sangre, y á este fin solicitaron el auxilio de las hermanas, quienes accedieron inmediatamente, pactándose que se instalaría en el obispado, y que para servirlo, irían dos hermanas del hospital de la Mejorada. Tratábase de llevar á cabo este arreglo, cuando los sitiadores se apoderaron á media noche por sorpresa del barrio de la ciudad en que está la Mejorada, poniendo en la plaza de este nombre su cuartel general. Quedó con esto dicho edificio fuera de las líneas imperiales, y el obispado, que

estía en el centro de la población, dentro de dichas líneas. No pudieron, pues, comunicarse ambos hospitales, lo que causó gran sentimiento á las hermanas, que, como siempre, deseaban impartir su auxilio á las dos partes contendientes; mas ya que no era posible, limitáronse á hacerlo con los liberales. (3)

Mucho trabajaron, y más aún, padecieron las hermanas en aquellas circunstancias. En el hospital, además de bastantes enfermos, existían los heridos de las diversas acciones que hubo antes de que cercasen la plaza los republicanos, y cuando estos se apoderaron del edificio, lo llenaron de soldados y presos, poniendo además imprenta, fraguas, fabricación y depósito de parque. "El edificio—dice el doctor Dondé—estaba tan lleno de gente, que tuve que ocupar todos los corredores de la parte alta, convirtiéndolos en enfermerías, y puse á los enfermos y heridos, cuyas dolencias eran compatibles con lo poco resguardado de dichos corredores"....."Era tal el número de enfermos y heridos, que no bastando esto, y siendo la línea de los sitiadores muy extensa, hubo que formar otros dos

[1] *Las hermanas de la caridad en México*. Estudio histórico por Luis García Pimentel.

[2] Debo los datos relativos al sitio de Mérida á la bondad de los señores doctor D. Manuel Dondé Preciat (Médico del hospital donde sirvieron las hermanas), que me los comunicó en carta fecha 8 de Octubre 1885, y al señor Lic. D Manuel Nicolín y Echanove, quien los recabó del señor D. Gabriel Aznar Perez. La carta de este señor es de 22 de Julio de 1886.

(3) Las hermanas que sirvieron en el sitio eran Sor María Orsat, (superiora) Sor Vicenta Riveroles, Sor Jesus Chavez, Sor Luisa Muñoz, Sor Ambrosia Tortolero y Sor Luisa Cárdenas. Las dos primeras francesas y las demás de Guadalajara.

"hospitales, uno en el barrio de Santiago y otro en el de San Juan. Todo lo necesario se tomó del de la Mejorada, no habiendo ido hermanas á estos dos últimos, porque las que había en el principal, apenas bastaban para el fuerte servicio que allí había, pues aún en tiempo de paz tenían que ir algunas veces las hermanas del colegio á ayudar á las del hospital, para que no se enfermasen con lo fuerte del trabajo." De la molestia se pasó al peligro. Habiendo hecho fuego á la plaza desde las alturas del hospital, contestaron los imperialistas de la ciudadela, que dista unas tres cuadras, con artillería de grueso calibre y muchas bombas, cosa que maltratò considerablemente el edificio, hasta destruir el campanario del templo anexo. Nada más fácil que los proyectiles desplomaran techos y paredes, sepultando en los escombros á los moradores, ó que llegando alguna bomba al parque, volara el edificio. Tan inminente era el riesgo, que el doctor Dondé dice que introdujo el espanto "hasta en los mismos soldados heridos."

Si las hermanas escaparon de las balas, no salieron tan bien libradas con la peste. El excesivo calor y la aglomeración de gente, determinaron la fiebre amarilla, que se desarrolló en la mucha tropa que el general Zepeda había traído del interior del país. Cebóse de tal modo la epidemia en aquellos soldados, que según expresión del referido señor Dondé, causó más estragos que la guerra. Víctima del contagio sucumbió Sor Luisa Cárdenas. Su tránsito glorioso demostró "que nadie tiene amor más grande, que el que da su vida por sus amigos." (1)

El auxilio de las hermanas no se limitó á los militares. En el perímetro republicano no quedó más botica que la del hospital, y de consiguiente, ocurrían á ella todos los vecinos de ese rumbo, lo que obligaba á Sor Jesús, la hermana boticaria, á comenzar el despacho desde las primeras horas de la mañana y prolongarlo hasta muy entrada la noche, y esto en medio del continuo tránsito de la soldadesca, traba-

(1) San Juan XV, 15.

jadores, convalecientes etc., que la molestaban y entorpecían sus delicadas operaciones. Como semejante trabajo llegara á ser insoportable para una persona, vióse precisada la superiora á ayudarle en los momentos que podía desprenderse de sus quehaceres.

La conducta, pues, de las hijas de la caridad durante el sitio de Mérida "bien puede llamarse heroica," como lo dice textualmente una persona respetable y testigo de los sucesos. (2) Por otra parte, el distinguido facultativo á quien antes he citado, y que no solo fué testigo, sino actor en aquellos acontecimientos, es aún más explícito para elogiar á las hermanas. "No solamente—dice—no se negaron á prestar sus importantes servicios, sino que lo hicieron en esas desagradables circunstancias con la abnegación que acostumbra.....Creo también que sus servicios tuvieron gran trascendencia en el sentido de que la deserción de la tropa hubiera sido considerable, á no haberse encontrado un establecimiento organizado donde los enfermos y heridos estuviesen atendidos como lo fueron por las hermanas."

Hizo resaltar la utilidad de las santas mujeres, lo que pasó con los sitiados. "Sirvió de mucho,—continúa el doctor Dondé—el que el hospital hubiera quedado en poder de los liberales, pues encontraron el establecimiento con todo lo necesario, lo que no sucedió en el hospital que á última hora establecieron en la plaza los imperialistas, porque aunque el Obispo es amplio y está en el centro de la población, que es humanitaria, é hizo hasta sacrificios para proporcionar todo, tanto los empleados como los heridos sufrieron grandes penas y privaciones, que hubieran sido mayores para los sitiadores, á haberse visto obligados á establecer su hospital." Hay que advertir que en el sitio, y desde mucho ántes, estuvieron las hermanas privadas del corto sueldo, que más pudiera llamarse limosna, con que atendían á sus precisos gastos.

(2) El Sr. D. Gabriel Aznar Perez.

Al fin, después de cincuenta y cinco días de sitio, capituló la plaza. La entrada de los republicanos confirmó con elocuentes demostraciones cuán grande fué el heroísmo de las hijas de la caridad. Recorriendo los vencedores las calles en medio de músicas y aclamaciones, llegaron al hospital, y allí, penetrados de admiración y gratitud, vitorearon á las hermanas con el mayor entusiasmo. Las humildes mujeres, para quienes este triunfo fué una prueba, quisieron sacar provecho de tan favorables disposiciones, no para ellas, que nada pidieron, sino para los vencidos. Encontrábase entre estos el Lic. Don Guadalupe Martín Rosado, contra el cual los juaristas fulminaron en el acto sentencia de muerte. Las hermanas se presentaron ante Zepeda impetrando la gracia del sentenciado como la suprema recompensa á que aspiraban por sus servicios. Intercesión tan generosa y que podía creerse incontrastable, no alcanzó sin embargo el anhelado indulto. Lágrimas ardientes, patéticos ruegos, el recuerdo de la hermana muerta por dar la vida á los soldados del jefe á cuyos pies se arrastraban las que también expusieron la existencia; nada valió, y el infeliz prisionero fué sacrificado en la tarde del día siguiente al de la capitulación, 16 de Junio. Una vez más las pasiones políticas, implacables siempre, desoyeron la voz de la caridad cristiana, siempre dulce y bienhechora.

II.

Entre tanto, Querétaro sitiado desde principios de Marzo, era teatro de sangrientas luchas. (1) Sostenía esta plaza el Emperador, y fungía como general en jefe de los sitiadores D. Mariano Escobedo. Para sus heridos, establecieron los republicanos un hospital en la casa llamada del "Molino," contigua á la

[1] Se sirvieron proporcionarme las noticias relativas al sitio de Querétaro los señores D. Luis G. Reynoso, en carta fecha 31 de Agosto de 1883; D. Leon Guzman en 4 de Noviembre del mismo año; el Sr. Canónigo D. Agustin Guisasola en 9 de Mayo de 1884; el Sr. Lic. D. Vidal de Castañeda y Nájera [á quien se las dió el general Don Mariano Escobedo] en 10 de Diciembre del citado año; el general D. Vicente Riva Palacio en 29 de Mayo de 1886, y el Sr. doctor D. José Palacios el 15 de Julio del año referido.

fábrica de la Purísima, dirigido por los doctores D. José Palacios y D. Tomás Chavez, y otro en las habitaciones de los operarios de la fábrica de "Hércules," formado por el general D. Vicente Riva Palacio y á cargo del doctor D. José Guadalupe Lobato. Muy mal andaban estos hospitales, porque los servían unos curanderos que, lejos de cumplir con su obligación y de ayudar á los médicos; que era imposible estuvieran en todo, descuidaban de tal manera á los heridos que algunos morían de hambre y abandono y muchos tenían gusanos en las llagas. La familia Rubio, dueña de la fábrica, hacía cuanto le era posible en beneficio de estos desgraciados, atendidos con un empeño y caridad dignos de elogio; mas todo se estrellaba en el desorden de los tales curanderos. Ni los facultativos ni los jefes sabían ya qué partido tomar, cuando el general Riva Palacio apela á las hermanas de la caridad convencido de que solamente ellas podían poner coto á semejantes males. "Después—dice el citado general—del ataque que di con mis fuerzas á la plaza por el rumbo de Casa Blanca, me encontré que tenía un gran número de heridos y aunque contábamos con muchos y buenos médicos empeñosos y diligentes, me hacían falta para establecer un hospital personas que se encargaran de la administración y del cuidado de los heridos, porque toda la gente que me acompañaba era de guerra y sus servicios necesarios en las activas operaciones del sitio.

"Entonces tuve la idea de ocurrir á las hermanas de la caridad á quienes había visto al ocupar la ciudad de Toluca tan empeñosas en la educación primaria de las niñas. (2) "Escribí al gobernador que había yo

[2] Cuando los republicanos ocuparon á Toluca apareció en esta ciudad un periódico llamado *El Procurador del Pueblo*, tan exageradamente rojo que el Boletín Oficial juarista tuvo que llamarlo al orden. El periódico citado, en su número de 4 de Marzo, refiriéndose á una visita hecha por los individuos que formaban la Beneficencia pública, al hospital que en Toluca tenían las hermanas, dice—que "quedaron sumamente complacidos del esmero y la limpieza con que las siete hermanas de la caridad que hay actualmente en ese estable-

"dejado en el Estado de México y que era el coronel German Contreras, y á la Sra. Carlota Hinojosa de Gonzalez, encargándoles que hablasen con las hermanas de la caridad y que en el caso de que se resolvieran ellas á ir á Querétaro se les proporcionaran los medios más cómodos de transporte.

"Tanto la Sra. Hinojosa como la superiora de las hermanas escribieron de Toluca á México á mi familia y á la superiora de la casa matriz y quedó arreglado el viage."

El padre Masnou, visitador de la Congregacion de San Vicente de Paul y director de las hermanas de la caridad, comisionó al padre D. Roman Pascual, (1) para que llevase á Querétaro cuatro hermanas, que hicieron el viage en diligencia, acompañadas, segun parece, por unos comisionados del gobierno del Estado de México. (2) Pocos días despues llegaron al campamento republicano, donde fueron recibidas no sólo con júbilo sino con verdadero entusiasmo, y áun cierto boato. Al notar esto

"cimienta, asisten á los enfermos y procuran consuelo al desvalido. Las hermanas, dedicadas á la educacion de niñas pobres, usan un método de enseñanza semejante al Lancasteriano, que debe producir muy buenos resultados. Mucho hacen por el bien de los desheredados las hermanas de la caridad en el establecimiento que en Toluca está á su cargo y nos complacemos en tributarles por sus esfuerzos un justo homenaje de gratitud."

[1] La comunicacion relativa, que original existe en mi poder, dice así: "Juan Masnou, visitador de la Congregacion de San Vicente de Paul y director de las hermanas de la caridad al señor Don Roman Pascual, sacerdote de la misma Congregacion.

"Debiendo designar un sacerdote para acompañar á las hermanas destinadas á cuidar los enfermos de las ambulancias establecidas en las inmediaciones de Querétaro, he creído conveniente confiar á vd. este cargo, persuadido de que vd. lo desempeñará con la exactitud que se requiere: al mismo tiempo teniendo en vd. plena confianza por su buena conducta, y sabiendo que está vd. libre de toda censura eclesiástica, ruego humildemente á la autoridad eclesiástica de la Diócesis en que por este motivo se encuentran, se digne extenderle las licencias correspondientes para poder ejercer su santo ministerio en toda la extension que exigen las circunstancias."

"Dado en México á 7 de Abril de 1867. Juan Masnou."

Las hermanas que llevó el padre Pascual fueron Sor Melchora Iriarte, sirvienta Sor María..., una muy jóven llamada Sor Josefa y otra cuyo nombre no hemos podido averiguar.

[2] Carta del señor Riva Palacio.

los sitiadores, creyendo que en la diligencia venia algun personaje liberal, hicieronle fuego. "En el largo trayecto—dice el general Escobedo,—que tenia que recorrer un carruaje que conducia á las hermanas de la caridad, á quienes acompañaba un sacerdote, entre el pueblito y Hércules por la retaguardia de las fuerzas sitiadoras, dirigieron de la plaza algunos tiros de cañon hácia donde marchaba dicho carruaje, siendo dichos tiros más frecuentes, al atravesar la línea de Oriente, continuando impasibles las hermanas hasta llegar á Hércules." De aquí pasaron al Molino donde las dejó el padre Pascual, quien siguió para Guanajuato con el objeto de llevar otras hermanas, porque se notó que aquellas eran insuficientes para el mucho trabajo que habia.

Tan luego como las hijas de la caridad residentes en Guanajuato supieron que eran necesarias en Querétaro, ofreciéronse al gobernador D. Leon Guzman. "Como gobernador que en esa época era yo del Estado de Guanajuato—dice este señor—he sido yo quien con el mayor gusto acepté el esponsalicio ofrecimiento que las hermanas hicieron de ir á encargarse del hospital de sangre que se estableció en una finca á las inmediaciones de la ciudad sitiada." El padre Pascual, no encontrando, pues, dificultad ninguna que allanar, pudo ponerse inmediatamente en camino con cuatro hermanas (3) que se encargaron del establecido en Hércules, encontrándose desprovisto de víveres, medicinas, y en una palabra, de todo lo necesario. Pasaron así cuatro ó cinco días hasta que Sor Melchora impuso á Riva Palacio de lo que pasaba, é inmediatamente trató el general de proveer á esta falta. No tardaron las hermanas en disponer de cuantiosos elementos que de Guanajuato proporcionó el gobernador Guzman. (4)

Con los repetidos encuentros de los beligerantes aumentaron tanto los he-

[3] Sor Vicenta Gonzalez Sor María Valar, Sor Jesus Mederos y Sor Trinidad Orozco.

[4] "He sido—dice este señor—quien cuidó de proporcionarles los cuantiosos elementos que necesitaban."

ridos, que fué preciso establecer nuevos hospitales; uno en las trojes de la hacienda de Alvarado, á cargo del doctor D. Angel Carpio, hijo de nuestro gran poeta, otro en San Juanico, bajo la direccion del doctor Don Gerardo Orozco, el último en un gran jacalon construido en las inmediaciones de Paté. Despues de la ocupacion de la plaza continuaron las hermanas asistiendo á los heridos hasta dejarlos en convalecencia.

En el sitio de Querétaro conquistaron las hermanas nuevos laureles, cedidos por quienes vieron cómo la caridad cristiana cerraba las heridas abiertas por la guerra fratricida; cómo unos, merced á solícito cuidado, volvieron á la vida que hubieran perdido entre manos mercenarias; cómo otros encontraban un lenitivo á sus dolores, y cómo aquellos, cuya hora postrera habia sonado, pisaban los umbrales de la eternidad, no presa de la desesperacion, sino consolados por el dulce acento de aquellos ángeles que murmuraban á sus oídos amorosas palabras de perdon y esperanza.

El Sr. Reynoso dice, que "se multiplicaban y trabajaban con el empeño con que lo hacen las personas que sirven al prójimo por amor de Dios, y que ven en los que padecen, al mismo nuestro Señor Jesucristo." El doctor Palacios, además de escribir que "sirvieron bien," me manifestó, en una ocasion que tuve el gusto de hablarle, "que secundaron perfectamente á los médicos, y les hicieron el señalado favor de alejar á los curanderos que los molestaban. D. Leon Guzman se expresa así: "he sido testigo, (lo recuerdo con placer), de los herbicos esfuerzos que hicieron para llenar, como satisfactoriamente llenaron, su difícil cometido." Por último, el general Riva Palacio, probó públicamente su gratitud á las hermanas, vindicándolas en el periódico *La Orquesta*, de que á la sazón era redactor en jefe, de una de tantas columnias con que la prensa demagógica pretendió manchar á las santas mujeres. Los términos de esta defensa, (de que trataré extensamente en su oportunidad), honran á las hermanas, y á quien, echando á un lado respetos

humanos, defendió lo que era un deber de secta el atacar.

Antes de pasar adelante, diré algo sobre los sitiados. Como las hermanas no fundaron en Querétaro, se encontraron las imperiales sin ellas. Dificil era, ó mejor dicho, imposible, sustituir á las hijas de la caridad; pero los piadosos queretanos hallaron medio para aliviar, en cuanto era dable, á los heridos, á quienes asistieron el doctor D. Joaquin Martinez y los practicantes Guisasola, Figueroa y Camacho. El Emperador Maximiliano dió ejemplo, cediendo su colchon para el hospital de sangre, donde securó con estricta igualdad á los soldados de ambos ejércitos.

Preso el Emperador, obtuvo Sor Melchora, segun entiendo, el permiso de visitarlo para despedirse de él, y manifestarle, por la vez postrera, su gratitud por el cariño y confianza que, en mejores días, le dispensaron el soberano y su desventurada consorte.

III.

Dueños los republicanos de Querétaro, no tardaron en serlo de México (1). A la capital, defendida por el lugarteniente del Imperio D. Leonardo Márquez, púsole cerco D. Porfirio Diaz. Este juarista, más que sitio, estableció un estrecho asedio, reduciendo casi todo su plan de campaña á impedir la introduccion de víveres, á cortar el agua y á lanzar granadas que se procuraba fueran á caer sobre los puntos más concurridos. De la falta de agua se burlaban los sitiados porque tenían muchos pozos, y además, se recogía la llovediza. En cuanto á las granadas, infundieron miedo los primeros días; mas notándose que no causaban considerable daño, el carácter mexicano, burlon y sereno, se divertía con ellas. Desgraciadamente no sucedia lo mismo con la escasez de los elementos para la vida, muchos de los cuales faltaban por completo. El hambre llegó á ser espantosa, especialmente entre los pobres, quienes despues de consumir los escasos víveres que podian alcanzar; padecieron indes-

[1] La narracion del asedio de la Capital está formada con apuntes del Sr. D. José María Andrade, y con mis propios recuerdos.

criptibles angustias. En cierta ocasion ví á unas mujeres devorando ávidamente la yerba de los prados de la Alameda, espectáculo que me causó indeleble impresion. Otros se dieron á comer azúcar, que fué lo único que no se agotó, y tambien presencié varias veces cómo se agolpaban los miserables á las vacías tiendas para comprar dicho efecto, del que algunos se mantenían exclusivamente, con gran detrimento de la salud. Así, pues, no fueron pocos los que murieron de inanición ó por los insuficientes y mal sanos alimentos con que procuraban mitigar su hambre devoradora.

Las personas prudentes, aunque en menor escala, pasaron tambien grandes trabajos. Agotados los comestibles ordinarios, echóse mano de los de lujo, tales como conservas, quesós, dulces y otros sáinetes, porque para llevar á la boca, cualquier cosa era buena. A una persona acaudalada le aconteció que teniendo hambre mandara á un antiguo y fiel criado que trajese lo que pudiera, y dióle bastante dinero para cumplir el encargo, recomendándole por supuesto que no se pasase en precios. Despues de recorrer la ciudad durante dos horas, volvió el sirviente diciendo que *no habia hallado nada*. El individuo en cuestion al acostarse sin cenar recordaria acaso aquellas palabras de Salustio: "las riquezas no sirven sino para desprecio y burla," porque en efecto, nada hay que inspire más burlesca compasion que el no poder llenar un estómago vacío con una bolsa repleta. Causa era ésta por la que los pobres llegaron á rehusar la limosna, si se les daba en dinero y no en provisiones. Si tal cosa pasaba á los ricos, decididos á conseguir todo á fuerza de dinero, ¿qué no padecerian los menesterosos, cuando áun en tiempos de baratura y abundancia no tenian con que comprar un pedazo de pan? Los que no vivieron en aquellos dias aciagos, pensarán que hay exageracion en esta pintura; mas yo, que no solo fuí testigo de estos males sino que de ellos me tocó una buena parte, puedo decir con el solitario de La Chesnaye: "abrí los ojos, y

" mis ojos presenciaron padecimientos "nunca vistos é innumerables dolores."

Quisieron las autoridades poner remedio á semejante situacion publicando tarifas de los precios á que los comerciantes debian sujetarse para vender sus efectos, y ordenando que cuantos tuviesen comestibles lo declararan así, conminando á los contraventores de estas disposiciones con terribles penas. Tales medidas, como fácilmente se explica, produjeron opuesto resultado. Los comerciantes subieron el valor de los abarrotes, y cuantos tenian vituallas las ocultaban con mayor empeño, unos para la propia conservacion y otros para especular inícuamente. Los gobernantes se lanzaron al terreno de las extorsiones, lo que unido al ódio público contra los monopolizadores, que fomentaban los periódicos con terribles invectivas, empeoró el mal, llegando al período álgido de la desesperacion, que hubiera tenido consecuencias deplorables, á no haberse visto que el remedio no estaba en las violencias y recriminaciones, sino en la caridad cristiana.

Iniciaron esta idea salvadora D. Anselmo de la Portilla, redactor de *La Iberia*, órgano de la Colonia Española, y D. Ignacio Trigueros, alcalde municipal de la ciudad de México. Estos dos estimables sujetos, el primero desde las columnas de su diario, y el segundo desde su alto puesto, promovieron la fundacion de juntas de caridad, logrando ver secundados eficazmente sus esfuerzos por personas que dieron abundantes socorros: Estos consistian principalmente en maíz, que se encargaron de repartir los Sres. D. Antonio Vertiz, D. Pedro Rodriguez, D. Agustín Paredes y otros, desempeñando esta penosa taréa con el mayor celo y eficacia. Distinguiéronse asimismo por los bienes que prodigaron los Sres. D. Raimundo Mora, D. Víctor Adam, D. Santos Pelaez, D. Victorio Aldana, D. Angel Lascurain y otros. Justo es agregar que el gobierno, que por otra parte se mostraba exigente y severo en demasía para proporcionarse recursos, era solícito para allanar las dificultades

con que tropezaban los encargados de distribuir las limosnas. Un jefe de policía, el Sr. Palacios, dió todo el poco maíz de que era dueño, para que se distribuyese.

En tan hermoso cuadro tenian que ocupar un lugar prominente las hermanas de la caridad. Al fuego que ardía en sus corazones dió pábulo el ejemplo de su fundador, á quien contemplaban en aquellas guerras de Lorena, Champaña, Picardía, etc., donde, más que heroico se mostró milagroso, remediando desastres que por lo inauditos, por imposible de atenuar siquiera, con medios puramente humanos, parecian permitidos expresamente para acrisolar al santo y para gloria de Dios. Desde luego imitaron de su maestro la prudencia, abasteciéndose de lo necesario cuando previeron el sesgo que iban á tomar los sucesos, mientras á todos les sobrecogió el sitio "intempestivamente sin dar lugar á prevision de ninguna especie."

(1) "En el hospital de San Andrés—dice un interesante apunte comunicado por el señor D. José M. Andrade—" Sor Juana Antía, previsora como el " que más, hizo un gran acopio de semillas de toda especie, como garbanza, frijol, arroz, lentejas, arvejon, haba " y maíz; preparó una buena cantidad " de tasajo, compró mucho carbon, leña, " pollos, huevos, manteca y demás artículos de primera necesidad, que le bastaron á hacer frente á la crítica situacion de esos penosos dias, habiendo tenido la satisfaccion de que acabada esa situacion tenia un regular " repuesto de todos esos efectos, alguno " de los cuales se destinó exclusivamente para los enfermos que más lo necesitaban, como fueron dos cargas grandes de galleta, que consiguió y de la " que logró hacer sopa hasta pocos dias " antes de que concluyese el sitio. También hizo un buen acopio de chocolate. La manteca que faltó en los últi-

(1) Así se dijo oficialmente. [Véase la "Memoria de los ramos municipales correspondiente al semestre de 1^o de Enero á 20 de Junio de 1867, que presenta al C. Ministro de relaciones exteriores y gobernacion el alcalde municipal que fué de la ciudad de México," publicada por D. Ignacio Trigueros, pág. 35]

" mos dias, se repuso con la que se sacó " de un puercó que se mató con ese objeto. Tenia un gran gallinero en el " que se reponian fácilmente las gallinas que se mataban todos los dias."

En los demás establecimientos sucedia poco más ó ménos lo mismo, siendo de notarse que las hermanas cubrieron una gran parte de los gastos, porque el gobierno, despues de rebajarles del presupuesto que presentaban mensualmente, no daba ni con mucho, por la penuria del tesoro, la cantidad que concedia. (2) Resultado de esto era un deficiente que no podia llenarse mas que con el crédito, que nunca han tenido nuestras administraciones, ni mucho ménos aquella agonizante. Las hermanas entonces, usando del suyo, lograron que los comerciantes les fiasen cuanto querian para completar el gasto. Esta confianza enalteció á las hermanas más que si hubieran recibido aquello como donativo, porque cualquiera se presta á dar una limosna por amor de Dios que le trae un premio eterno, más bien que fiar sus efectos corriendo riesgo de perderlos y sin recompensa alguna, puesto que no hace mas que una operacion mereantil. Sin el crédito de las hermanas acaso hubiera acabado la beneficencia. "Creo de mi deber—dice el Sr. Trigueros—" manifestar aquí que las " hermanas de la caridad, á cuyo cargo " están (los hospitales) han cumplido " su saludable mision bien á mi contento y sin cuya ayuda tal vez habria " sido necesario cerrar alguno." (15)

[2] En los libros del hospital de San Andrés aparece que en el mes de Marzo de 1867 les dieron á las hermanas \$1964, y los gastos fueron \$2835, 89½ cs. En Mayo ascendió el gasto á \$2,661, 59 cs. y recibió la superiora \$713 26 cs. El gasto de los primeros veinte dias de Junio importó \$1050 80½ cs. y lo entregado \$224 75 cs. En el primero de los meses citados resultó un deficiente de \$871 89½ cs., en el segundo fué de \$1948 33 cs. y en el tercero \$826 5½ cs. En Abril, por única excepcion, se erogaron \$2,773 81 cs., y recibieron las hermanas \$2,776 cs., decir \$2, 19 de más. El deficiente total en los meses del sitio fué de \$3644, 09 cs.: cantidad que se procuraron las hermanas.—Estos datos los sacó el señor Don José María Andrade de los libros del referido hospital. De otros establecimientos no se pudo conseguir lo mismo; pero, sobre que es lógico creer que sucedió otro tanto, me lo han asegurado personas fidedignas.

[15] Memoria municipal citada, pág. 20.

Nunca se alabará bastante á las hermanas por haber impedido que se diera el espectáculo, imposible despues de la redencion, de arrojar á los enfermos y desvalidos á la calle. "Por el contrario, no carecieron durante el sitio, de lo que tal vez faltó en algunas casas de " personas acomodadas;" (1) de manera que contra lo que sucede comunmente, en especial desde la expulsion de las hermanas, estaban mejor los pobres en sus asilos y los enfermos en sus yacijas, que los sanos y poderosos en la calle. Este es uno de los caracteres de la caridad: donde existe se ilumina el lecho del dolor, el tugurio del pobre, la cárcel del extraviado y el cadalso del criminal, con la luz indeficiente del consuelo y de la esperanza; mientras que donde falta, todo es oscuridad y amargura, bien sea en el espléndido banquete del rico, en la gloria del sabio, en la inspección del poeta y en el alcázar del monarca.

Socorrieron además, durante todo el sitio, á muchos pobres extraños á los planteles de beneficencia. Sor Juana Antia favoreció á multitud de familias que ocurrían á ella en demanda de alimentos; las del Hospicio sustentaron á mil personas de fuera. Más aún: llevaban alimentos y medicinas al domicilio de los pobres, cuando éstos, por enfermedad ú otro motivo no podían salir á buscar recursos. En una palabra, fueron tantos los menesterosos á quienes auxiliaron, que al fin vino á faltarles el acopio de comestibles, aunque, como he dicho, era abundante. Entónces idearon andar pidiendo de casa en casa y de tienda en tienda. Aún me parece ver á las santas mujeres en la magna empresa de obtener víveres de gentes que tal vez no los tenían para sí, y en épocas en que nadie se cura de los demás, porque tiempo falta para pensar en la conservacion, nada ménos que de la propia existencia. Sin más fuerza que la caridad, y sin más armas que el rosario, alcanzaron lo que no pudo un ejército, que por otra parte fué capaz de sostener más de dos meses una plaza desprovista de recursos, contra un enemi-

[1] Apunte del señor Andrade.

go superior, no rindiéndose hasta que la catástrofe de Querétaro hizo inútil toda resistencia. El *compelle intrare* se realizó entónces, "ganando y encadenando el corazon humano con modestas humildes y llenos de dulzura," (2) y no con el *sic volo* del poder."

Las juntas de caridad y los particulares, palpando el celo y maestría de las hermanas para multiplicar los recursos, encargáronles que repartiesen víveres, comision que llenaron satisfactoriamente. " Son dignas de una mencion especial y honorífica las causas encomendadas á las hermanas de la caridad, especialmente la central, por la abnegacion con que se proporcionaban y distribuían diariamente alimentos á los pobres " (3) " La superiora que cuida el hospital de San Pablo, se hace cada día más acreedora á las consideraciones de la autoridad y á la estimacion pública por su celo, actividad é infatigable trabajo para proporcionar á los enfermos toda clase de consuelos. En esta época lamentable que acaba de pasar, se ha distinguido por la solidud con que se encargó de distribuir á la clase menesterosa, y á expensas de una asociacion particular, diariamente, los principales alimentos que la miseria pública no le permitía procurarse. " (4)

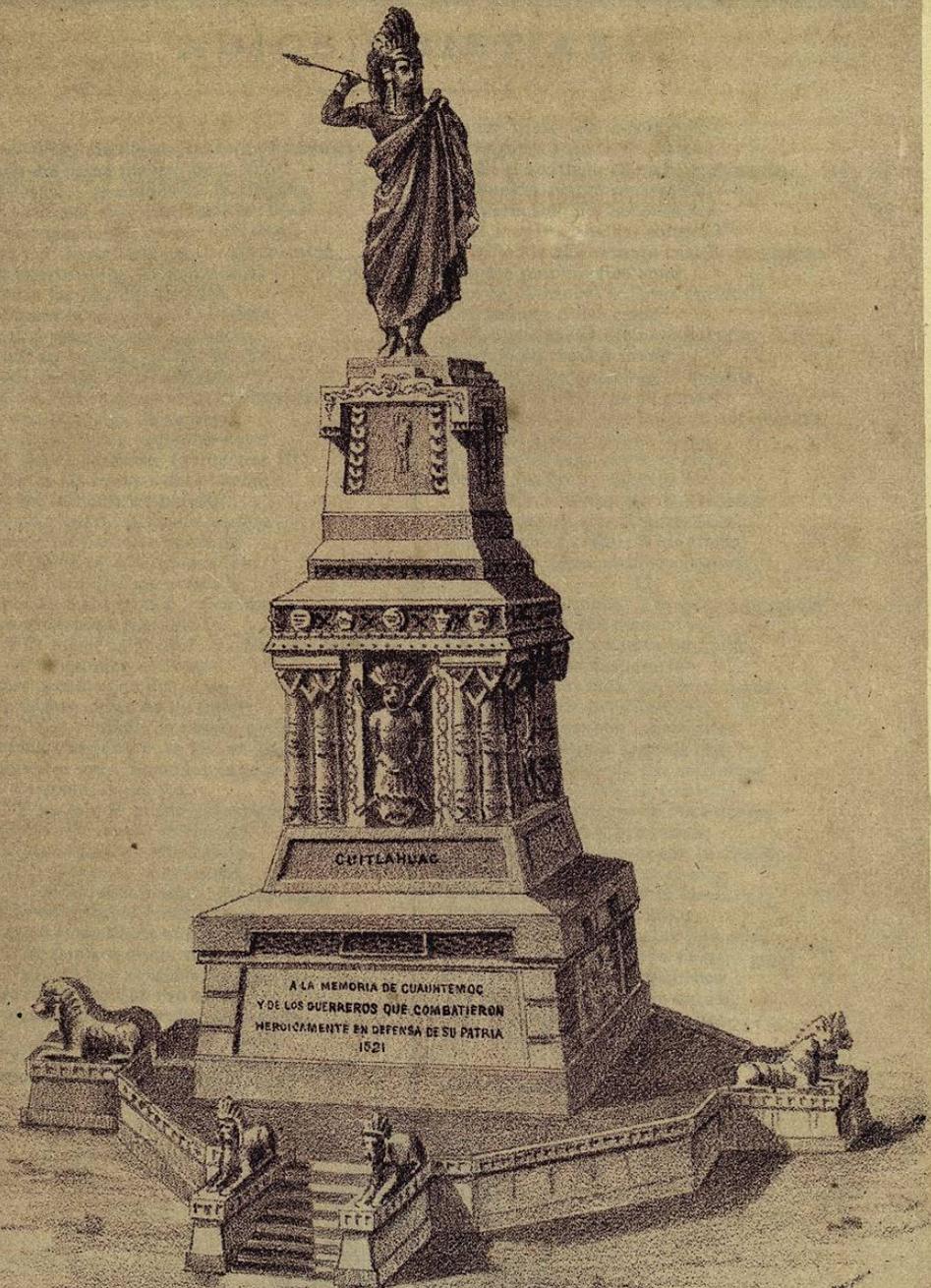
La fatiga en atender á tantas y tan múltiples faenas ocasionó enfermedades á la mayor parte de las hijas de la caridad. Sor Agustina Inza contrajo, por las insolaciones que recibió visitando á los pobres, una inflamacion en los ojos, de que casi perdió uno, quedando además con la salud tan quebrantada, que se apresuró indudablemente su muerte, acaecida poco despues.

LUIS GARCÍA PIMENTEL.

[2] Máxima de San Vicente.

[3] Memoria Municipal citada, página 37.

[4] Memoria Municipal citada, página 20.



Monumento y estatua de CUAUHEMOC en el Paseo de Colon de México.